

Mas todo ello fué obra de un momento. El caballo corría desesperadamente, el ginete lo aguijaba mas y mas, y antes de mucho pudieron separarse de las tapias del lugar y fuera del alcance de los irritados burgueses correr libremente por el llano.

Y ahora advertimos que por seguir al almogávar en sus audaces intentos y aventuras, nos hemos olvidado del rey, que, como primero en autoridad, merece sin alguna duda prioridad y preferencia sobre todos.

Pero aunque se nos tache de importunos en el citar al cronista de esta historia, no hemos de callar que á él antes que á nosotros corresponde esta falta, puesto que así nos dejó colocadas las cosas en su manuscrito, y es que al buen muzárabe, aunque le divertían mas el ánimo los hechos de Aznar que los hechos de don Ramiro, con ser éste rey y aquel vasallo; achaque tambien de algunos otros que han tenido ocasion de saber los varios sucesos de esta historia.

ROMANCE VIERO.



Don Ramiro quedó solo, al desaparecer Aznar, solo en el ancho y silencioso campo, donde la noche no era oscura, pero los matorrales que crecían por los lados del camino hacían que lo

Mas todo ello fué obra de un momento. El caballo corría desesperadamente, el ginete lo aguijaba mas y mas, y antes de mucho pudieron separarse de las tapias del lugar y fuera del alcance de los irritados burgueses correr libremente por el llano.

Y ahora advertimos que por seguir al almogávar en sus audaces intentos y aventuras, nos hemos olvidado del rey, que, como primero en autoridad, merece sin alguna duda prioridad y preferencia sobre todos.

CAPITULO XIII.

Muéstranse en él, tan bien como en cualquier libro de filosofía, algunas cosas raras del espíritu humano.

et Deus recessit à morte et et audire me noluit. Sicut.

Las riendas tomad, señor, con aquesta mano misma con que asides el escudo, y ferid en la morisma. — El rey como sabe poco luego allí les respondía: — Con esa tengo el escudo tenellas yo no podría, ponédmelas en la boca que sin embarazo iba.

ROMANCE VIERO.



Don Ramiro quedó solo, al desaparecer Aznar, solo en el ancho y silencioso campo.

La noche no era oscura, pero los matorrales que vestían uno de los lados del camino hacían que lo

pareciese, dando de sí una sombra densa y fatídica.

Por algunos momentos se mantuvo aún don Ramiro en medio del camino; luego se dirigió pausadamente hácia el matorral y se sentó en lo mas espeso de él, al pié de un arbusto silvestre y corpulento, en sitio desde donde bien pudiese distinguir la vuelta del almogávar.

Las sombras lo envolvian allí de tal suerte, que no veia nada en derredor suyo; solo al lejos alcanzaba su vista, allí donde el matorral no estendia ya sus apretados troncos y enmarañado ramaje, donde la luna que andaba en su nacimiento, y las lejanas estrellas, podian derramar libremente su luz pálida.

Cualquier hombre tranquilo, despreocupado, se habria entristecido en aquel lugar; cualquiera habria dado entrada en su ánimo á pensamientos melancólicos: don Ramiro no tuvo que darles entrada porque ya los tenia dentro de sí; no hizo mas que fijarse en ellos y acariciarlos.

¡ Oh! ; la muerte, la muerte! Este fué el primer pensamiento que ocupó su atencion: aquel hombre no pensaba tanto en ninguna otra cosa. Quien quiera convencerle de algo ha de presentarle como posible la muerte de no hacerlo; quien quiera mantenerle en un propósito, solo con la idea de no morir lo mantendrá; quien quiera enternecerle, hablele de la muerte; quien quiera darle contento, haga porque no recuerde la muerte jamas.

Y sin embargo aquel hombre corria á la sazón á levantar la guerra y á provocar combates, y aquel hombre habia alzado el claustro de San Pedro el

viejo, donde existe como en su propio lugar y apesento la idea de morir; donde se desvanece sin querer la idea de la vida; habia edificado su tumba.

Y tal vez por temor de morir se sintiera valiente; y con tanto amor de la vida fuera mas capaz que nadie de esponerla; y por no morir de la mano de Dios se lanzara á morir de motu proprio; y porque otros no le buscasen sepulcro sabria levantarle el para sí.

¡ Era sin duda un sér contradictorio! ; Era un pensamiento anómalo el que habia en el rey don Ramiro!

Mas no se piense por ello que fuese un hombre extraordinario en el bien ó en el mal, en esta ó aquella calidad de espíritu; lejos de eso, lo que principalmente lo distinguió en la vida fué su vulgaridad misma, fué el parederse al comun de los hombres.

Tales contradicciones, tales luchas como esas viven siempre en el alma humana dormidas al arrullo de la dicha, ó despiertas á la voz del dolor, refrenadas por la voluntad poderosa, ó libres y sueltas á su albedrio.

Dadle á un hombre la duda y el remordimiento; dádselos, y veréis en él á poco mas ó menos el propio rey don Ramiro.

Como á él le espantará la otra vida porque tema en ella el castigo, ó le espantará porque no tema en ella cosa alguna; le espantará porque la espere ó porque no la espere; y acaso, correrá á ella por

mil modos diversos y debajo de mil formas la arros-
trará cada día.

Y que don Ramiro dudaba, que don Ramiro te-
nia remordimientos, ¿quién ha de ignorarlo que
haya seguido con paciencia esta historia? Quería
salvar su alma y salvar á su hija; atormentábase el
haber pecado tanto contra sus votos, y tambien el
no haber hecho ya penitencia. Y en el punto mis-
mo en que habria dado la vida por rescatar á su
hija y vengarse de los ricoshombres, consideraba
que no podia darla porque miraba en ello la perdi-
cion de su alma.

Quando el espíritu llega á tal punto, deciden los
sentidos como absolutos dueños de los pensamien-
tos del hombre; las impresiones esternas le arras-
tran sin dificultad, sin resistencia lo mismo de uno
que de otro lado, lo propio de acá que de allá.

Ahora, pues, que vemos en un matorral espeso á
don Ramiro sin alguna compañía, ¿quién ha de de-
cidir de sus pensamientos? ¿Quién, si no son las
sombras que envuelven sus ojos, y los murmullos
que hieren sus oídos? ¿Quién, si no las inocentes
matas, que viciosas crecieron en aquel paraje incul-
to, sin pensar que rey fugitivo, ni monje en pecado,
ni padre amante viniera á buscar albergue debajo
de ellas? ¿Quién, si no los reptiles desconocidos,
que nacen para vivir un día arrastrándose por los
troncos de los árboles, ó removiendo al correr por
el suelo las hojas secas.

Fuerza es confesarlo; don Ramiro tuvo miedo.
Y cuesta rubor decirlo, cuando todos sabemos

quiénes fueron sus padres, hombres de hierro que
así morian como vivian, mordiéndolo polvo y apelli-
dando guerra. Pero á bien que de ninguno de ellos
se cuenta que llevara sobre sí las dudas y remordi-
mientos que don Ramiro; y á bien que ninguno de
ellos fué criado como éste, entre salmodias y cili-
cios, en un monasterio de benitos.

¿Cuántos latidos le costó al corazón de don Ra-
miro cada mecida de las ramas que aquí y allá em-
pujaba el viento: cada silbo, cada paso, cada voz
de los insectos que bullian en la espesura!

Dos ó tres veces se levantó para huir: pero ¿adón-
de iba? Tuvo que desistir de su propósito: temió
que lo hubiese abandonado Aznar, y que ya no vol-
veria; temió que todo ello fuese trama de los ricos-
hombres para traerle allí y matarle mas á su sabor;
temió aun que el rayo del cielo pudiera herirle en-
tre la maleza, ó que pudieran devorarle los inse-
ctos, ministros viles de la alta cólera de Dios.

Hubo una vez en que sintió claramente el galo-
par de muchos caballos; luego los vió cruzar por el
camino con sus propios ojos, y rezó, y tembló, y en
su ánimo sufrió ya todo el arrepentimiento de la úl-
tima hora y todos los tormentos del suplicio.

Pero los caballos pasaron adelante, y don Rama-
iro volvió á quedarse á solas con su miedo.

Y así pasó muy cerca de una hora; hora durán-
te la cual vió don Ramiro la imagen de la muerte
debajo de todas las formas posibles, y agotó todas
las oraciones y toda la contrición de su espíritu.

Al cabo oyó el ruido de un solo caballo que á la

carretera se acercaba, y un momento despues apareció Aznar en el camino; echó pié á tierra, y miró por todas partes por ver si hallaba á don Ramiro.

Mas este apenas acertaba á dar crédito á sus ojos, y permanecia allí tendido en el suelo debajo del tronco añejo que habia presenciado mudo sus penas.

—Señor, señor, grito Aznar.

Don Ramiro no contestó.

—Señor, señor, volvió á gritar el almogávar no poco inquieto ya.

Hubo el mismo silencio.

Peró el almogávar tenia vista de lince é instinto de perro sabueso, y no tardó en hallarlo aun en medio de tanta oscuridad.

—¿Qué es eso, señor, le dijo, qué no queréis responder á vuestro fiel Aznar? Si he tardado algo, ved que no fué mia la culpa, sino de esos perros lugareños que tienen hartó guardada su hacienda.

Don Ramiro rompió al fin el silencio.

—¿Eres tú, Aznar? preguntó con voz tímida.

—El mismo soy, señor: levantaos, y dejad el enojo, que en Dios, y en mi ánima que no pude remediarlo.

Alzóse penosamente el rey, y al verse junto al almogávar se halló otro hombre desaparecieron de repente los fantasmas que le acosaban, y se sintió fuerte, audaz.

—¡Ah! dijo al ver el caballo: ¿cómo has podido traerlo contigo?

—Montad en él, señor, contestó Aznar; y no perdamos mas tiempo.

—Vamos, Aznar, porque has de saber que he sentido pasar cerca de mí un escuadron de ginetes, y ahora sospecho que sean de los despachados en Huesca á perseguirme.

—Sí serán, señor, repuso el almogávar, que con efecto hemos perdido mucho tiempo. Subid os digo y partamos.

—Ayúdame, Aznar, ya sabes que no soy muy gran ginete; como que no habia montado nunca en otras caballerías que las sesudas mulas del convento cuando aquí me trajeron.

Y diciendo esto, puso las manos don Ramiro en las espaldas del almogávar, y con tal apoyo y el de las crines del bruto logró encaramarse en la silla.

Peró al retirar las manos de las espaldas del almogávar, hallóselas bañadas en sangre.

—¿Qué es esto, Aznar? prorumpió el rey. ¿Estás herido? No pasemos de aquí sin que yo te cure; porque has de saber que allá en Tomeras, donde yo me hallaba, aprendí un tanto el arte de curar heridos y enfermos.

—No pensemos en eso, señor; coged las bridas y vamos.

—Peró, ¿no te molesta esa herida?

—Es una flecha hartó aguda que ha logrado penetrar un poco por el tejido de la malla; mas no hayais temor, que eso así se lo curan los almogávares; y diciendo y haciendo, se arrancó de un tiron la flecha y la arrojó de sí largo espacio.

—Pero tienes sangre también en la cabeza y en los brazos, Aznar; no, no partiremos de aquí sin que te cure; y el buen rey fué á arrojarle del caballo.

—Por Dios que no hagais tal, exclamó el almogávar. Lo de la cabeza no pasa de una descabradura; piedra de mal villano, que si yo no trajera tanta prisa, hubiéramelo pagado aunque por pacto con el demonio se escondiera en el infierno; y esto de los brazos son garras de un can que ya estará en el otro mundo, si para los canes lo hay.

—No digas esas cosas, Aznar, replicó el escrupuloso monje.

—Y vos no os detengais, señor. Guíad acá á la izquierda; que si nos persiguen ya, solo por ahí podremos escaparnos.

Aguijó don Ramiro, y partió el caballo á la carrera: el almogávar, liada en la mano derecha la cola del bruto, corría á la par del rey.

—Sabes, decía don Ramiro, que cada vez temo mas que se me desboque tambien este caballo?

—No hayais miedo alguno mientras yo vaya aquí asido, respondió el almogávar.

—Y caballero y escudero corrieron de esta manera mas de dos horas.

Al romper el día dijo Aznar al rey:

—Regocijaos, señor, porque ya estamos libres.

—¿Qué? ¿No temes que nos alcancen aún con caballos mas ligeros que éste? Mira que yo sé que aquellos que pasaron por cerca de mí durante tu ausencia eran caballeros de Huesca que iban en

muestra demanda. Salvóme el matorral que allí habia para que no me viesenn; respondió el almogávar.

—¿Qué dices, Aznar? ¿por qué has de querer que los encontremos?

—Porque estoy seguro de acabar con ellos. ¿Veis estas rocas y precipicios? ¿Veis aquellas cuevas que parecen de fieras? Pues no son sino moradas de vasallos vuestros y harto mas fieles que los que atrás dejais. Si yo diera un silbido vierais acudir aquí gente capaz de dar cuenta en un abrir y cerrar de ojos de todos los infanzones de Huesca.

—Dálo, Aznar, que quiero yo conocer á esa gente; habíamelos pintado como feroces y bárbaros; pero ahora, desde que te conozco á tí me siento inclinado á estimarlos.

—No ha de llamárseles sino en la ocasión; mas haceis bien en quererlos; que ellos son la flor de vuestros vasallos; esos son los que ios darán la victoria cuantas veces se la pidais; dos que estenderán el nombre de vuestra raza por todo el mundo, si en trance de ello los poneis.

—Pues mira, Aznar, dijo el rey, pienso que han de cumplírsete tus deseos; tú no puedes verlos desde ahí, pero yo desde aquí distingo muy bien un escuadron de caballeros que sabe hacia este alto por donde nosotros vamos.

—¿Eso hay? respondió el almogávar; pues dejad, que yo iré á reconocerlos, y veré si son con efecto los que pensamos. Mas ¿voto vob que he perdido

mis dardos. Erré el uno, y dejé el otro en el cuerpo de un mezquino burgués que maté allá abajo, y ahora voy á desperdiciar la ocasion de derribar de sus caballos á dos gentiles ginetes.

—¿Otro mataste allá? Eres sanguinario, Aznar.

—Así me criaron en la montaña, señor, y así he de ser toda mi vida. Los almogávares somos ovejas con nuestros amigos, y tigres con nuestros contrarios, quien quiera que sean.

—Malhadado oficio el de las armas, Aznar. Pero, ¿querrás creer que ahora que te veo á tí animoso y que me acuerdo de las afrentas que esos ricos-hombres me han hecho pasar, y de la cautividad de mi hija, siento así como deseos de derramar sangre también? Dios me perdone, Aznar; es la primera vez que esto se me ocurre en la vida.

—Eso es, que recordais de quien venís, señor; vuestro abuelo murió en la jornada de Graus, y vuestro padre murió delante de Huesca, y también vuestro hermano, don Alonso, en Fraga. Por eso los almogávares amamos tanto á los de vuestra casa, porque todos saben pelear como leones y morir como reyes. Y para mí tengo, señor, que no habeis de ser el menor de ellos, si bien nunca os ejercitasteis en armas como los otros.

En esto distinguíase ya con toda claridad el escuadron de caballeros que venia marchando hácia ellos; veíanse flotar al viento las banderolas de las lanzas, y casi podían leerse los motes de los escudos. Aznar se adelantó algunos pasos á reconocerlos, y notó que de los primeros, y como gobernando

el escuadron, venia el esforzado Roldan. Entonces, viendo que no habia duda de que fuesen adversarios, dió un silbido prolongado y que resonó por todos aquellos contornos, y luego otro y otro hasta tres veces: y vuelto al lado de don Ramiro, le dijo:

—Preparaos á combatir, señor. Tomad el escudo y las riendas con aquella mano, y con estotra desnudad la espada.

—No ha de ser así, dijo el rey, que no se yo cómo he de poder tener las riendas con la mano izquierda y valerme de ella al propio tiempo para manejar el escudo. Tomaré las riendas con la boca, y así ire bien desembarazado.

—Señor, seguid mi consejo: tomad las riendas y el escudo con una propia mano.

—Ahora te digo yo, Aznar, que no hay que hablar mas en ello, porque la ocasion es de pelear como buenos, y no de aprender galanas aposturas. Jurote que me siento otro; no sé qué ardor singular siento por mis venas: pareceme que bastaria yo solo para todos esos.

Y con efecto sus ojos lanzaban rayos de fuego; su rostro estaba encendido, su corazon firme; no parecia el mismo hombre que horas antes habia tenido miedo, y que tanto habia pensado en la muerte. —El almogávar habia logrado imprimir en aquel espíritu incierto y vacilante su valor mismo. —Aquella impresion esterna imperaba tanto en don Ramiro como antes habian imperado en él las sombras espesas y los desconocidos murmullos del matorral adonde estuvo á solas.